

ARTÍCULO ORIGINAL

Reconocer el sexismo en espacios participativos

Bárbara Biglia

barbara.biglia@urv.cat
Universidad Rovira y Virgili*

Esther Luna González

eluna@ub.edu
Universidad de Barcelona*

RESUMEN: Este artículo se enmarca dentro de las investigaciones educativas de Pedagogía de Género. En un primer momento se quiere evidenciar cómo, incluso en espacios participativos supuestamente igualitarios, se siguen produciendo dinámicas sexistas típicas de nuestra sociedad. Seguidamente, se identifican factores que permiten o dificultan el reconocimiento del sexismo en el propio grupo de referencia por parte de mujeres. Para hacerlo, se utilizan los resultados de un cuestionario auto-suministrado virtualmente a 84 activistas de movimientos sociales de diferentes naciones. Finalmente, se proponen reflexiones al respecto de cómo tener en cuenta los factores detectados para el diseño de propuestas educativas hacia la reducción de dinámicas sexistas.

PALABRAS CLAVE: Feminismos, Participación, Educación, Identidades de Género

Recognizing sexism in participative spaces

ABSTRACT: This article can be contextualized within the educational research in the area of Gender Pedagogy. Initially, we explore the extent to which sexist dynamics are reproduced even in the context of allegedly egalitarian participatory spaces. We also attempt to identify the factors that can facilitate or hinder the recognition of sexism within their own reference group, by women. This process is facilitated by a survey that was filled on-line by 84 activists of social movements from different national backgrounds. In conclusion, we propose reflections for the manner in which our findings should to be taken into account in order to design educational initiatives towards the resolution of sexist dynamics in society.

KEY WORDS: Feminisms, Participation, Education, Gender Identities

* Ambas autoras pertenecen al Grupo de Investigación en Educación Intercultural (GREDI) de la Facultad de Pedagogía de la Universidad de Barcelona. www.gredi.net

Fecha de recepción 13/10/2011 · Fecha de aceptación 27/02/2012

Dirección de contacto:

Bárbara Biglia

Universitat Rovira i Virgili

Departament de Pedagogia

Carretera de Valls s/n, 43007

Tarragona, Catalunya, Spain

1. INTRODUCCIÓN

Este artículo pretende aportar un granito de arena al contexto de la Pedagogía de Género siendo éste un campo en crecimiento cuyo desarrollo, de acuerdo con Colás-Bravo (2007: 165), “requiere [...] de una agenda de investigación educativa”. El

estudio realizado por el CIDE/Instituto de la mujer (2007) demuestra que, en las últimas dos décadas ha habido un considerable aumento de publicaciones, a nivel español, sobre las temáticas relacionadas con Mujeres en la Educación; sin embargo, resultan todavía escasas las investigaciones realizadas sobre los procesos de socialización de género. Haciendo un poco de historia podemos destacar que el reconocimiento de la diferenciación entre sexo y género introducido por los estudios feministas, abrió el debate sobre el papel de la educación en la prolongación y reproducción de las desigualdades entre mujeres y hombres hace más de tres décadas (Subirats, 1999). Se inician, así, investigaciones en torno al sexismo en las instituciones educativas a principios de los años ochenta (Bonafant, 1997) permitiéndonos avanzar hacia una educación paritaria, tal y como ponen de manifiesto diferentes investigaciones (Díaz-Aguado, 1996; Seminario de Alicante, 1987; Grañeras, Lamelas, Segalerva, Vázquez, Gordoy y Molinuevo, 1997).

Sin embargo, a pesar del desarrollo pedagógico y educativo hacia una educación paritaria (Araya, 2003 y 2004; Hernández y Martínez, 2006; Lomas, 2002), se siguen visibilizando conductas y actitudes sexistas en muchos sectores de la sociedad. En esta línea, tal y como indica Araya (2004: 5), “la educación puede ser el punto de partida en que se inicie un proyecto emancipatorio de transformación genérica, pues un cambio en algún punto del sistema social repercutirá en todo el sistema en general. Es urgente y en la actualidad se demanda una educación que haga un reconocimiento de la desigualdad procedente de la construcción cultural del género”.

En este sentido, hay que combatir los estereotipos de género que siguen siendo interiorizados en edad juvenil (Colás y Villaciervos, 2007; García-Pérez, Rebollo, Buzón, González-del-Piñal, Barragán y Ruiz-Pinto, 2010) y que son los causantes del sexismo entendido como práctica de desigualdad relacionada con los roles de género que limita la participación de la mujer en la sociedad. El reto es cómo combatir estos estereotipos en una sociedad como la nuestra en la que las y los jóvenes parecen tener siempre más dificultad para reconocer el sexismo en su cotidianidad. De hecho, según Riera y Valenciano (1991), ya a finales de los 80, las jóvenes tenían dificultades para reconocer las discriminaciones que sufrían por cuestiones de género.

Aunque hoy en día, según nos explica el informe de Alberdi, Escario y Matas (2000), las jóvenes entre los 25 y los 35 años que viven en España son conscientes de las discriminaciones laborales que sufren, mantienen hacia ellas una actitud no beligerante de “poca combatividad en sus posiciones y la moderación de sus ambiciones” (Alberdi, Escario y Mata, 2000: 264). Como apunta McRobbie (2009), nos encontramos en una situación donde muchos elementos de la cultura popular son extremadamente efectivos en deshacer los avances obtenidos a través del feminismo y, contemporáneamente, el ideal de la individualización femenina lleva, a muchas jóvenes, a buscar una realización personal como sujetos autónomos e independientes que les dificulta identificar aquellos elementos estructurales generizados que se interponen en la definición autónoma de sus deseos. Es por esta razón que creemos importante abordar, desde la Pedagogía de Género, estudios que nos permitan identificar elementos que faciliten el reconocimiento de las discriminaciones de género todavía existentes.

2. CONSTRUCCIÓN DE SUBJETIVIDADES EN LOS MOVIMIENTOS SOCIALES (MS)

Siguiendo el análisis que propone Colás-Bravo (2007) a partir de la perspectiva ecológica de Brofenbrenner, el sexismo que se configura en diferentes niveles del sistema social –micro, meso y macro– y su desmantelamiento necesitan de un abordaje integral. No basta con que una persona trabaje en la erradicación del sexismo transformando sus conocimientos, sentimientos y actitudes; tampoco es suficiente que un movimiento social (MS), una ONG u organización popular se especialice en fomentar la eliminación del sexismo; ni tampoco que la institución educativa combata estos patrones socialmente y culturalmente aprendidos (Luna, 2010). Por esto, en nuestra opinión, es importante acompañar las investigaciones que se realizan en espacios de educación formal con investigaciones pedagógicas que se dirijan a analizar las dinámicas de género que se dan en espacios de socialización informales que tienen una gran influencia en la construcción de las subjetividades y un gran potencial educativo transformador (Ribeiro, 2002).

Como afirma León (1997), las subjetividades están vinculadas al plano de las identidades, de las relaciones sociales y de las acciones concretas y se configuran como procesos cambiantes que surgen

del encuentro entre múltiples factores. Por un lado, no podemos llegar a ser una persona sin referencia a las otras, porque no hay definición de una misma sin la existencia y el diálogo con otras voces; por otro lado, no podemos reconocernos a nosotras si no enfatizamos las particularidades de las construcciones identitarias de los grupos a los que pertenecemos. “La subjetividad se estructura a partir del lugar que ocupa el sujeto en la sociedad, y se organiza en formas específicas de percibir, de sentir, de racionalizar, de abstraer y de accionar sobre la realidad. La subjetividad se expresa en comportamientos, en actitudes y en acciones del sujeto, en cumplimiento de su ser social, en el marco histórico de la cultura” (Lagarde, 1993:203).

La participación de las sujetas¹ en diferentes grupos sociales influye, por lo tanto, de manera relevante en la construcción de su subjetividad. Pero ¿en cuántos grupos estamos o dejamos de estar cada una de nosotras? ¿En cuáles y cómo elegimos estar y en cuáles nos sitúan sin pedirnos opinión? El género en el que se nos sitúa, por ejemplo, es debido a supuestos criterios biológicos diferenciales que niegan las diversidades y obligan a situarse en uno de los polos de la dicotomía, con todas las implicaciones de cada cultura y entorno social (Biglia y Lloret, 2010). Pero hay grupos en los cuales decidimos, en un momento de nuestra vida, participar, así como puede ser, por ejemplo, el caso de los movimientos sociales. Tal y como afirman Hernández y Martínez (2006: 10), “la participación de las mujeres en movimientos sociales las enfrenta a socializaciones nuevas, aprendizajes que proporcionan cambios y, como señalan Del Valle et al. (2002), introducen fisuras en el peso normativo de las creencias y percepciones sobre el ‘deber ser’ de cada género. Sin embargo, las organizaciones mixtas de hombres y mujeres, presentan retos especiales para el empoderamiento de ellas, pues en éstas pueden reproducirse las estructuras de poder autoritario y asignarles labores y responsabilidades asociadas a las percepciones tradicionales de su ‘deber ser’, y no para participar en la toma de decisiones u ocupar puestos de representación, entre otros aspectos”.

De hecho, los MS son grupos minorizados, o como dirían Doms y Moscovici (1989) son una minoría nómica heterodoxa. Por ello, reciben una fuerte presión social que los lleva a enfatizar diversos factores de cohesión, entre ellos la identidad de grupo, para mantener un concepto positivo de sí mismos (Biglia, 2006a). El ideal del buen militante hace creer que uno sabe lo que

quiere, que actúa en consecuencia y que nunca cae en contradicción entre lo que se piensa teóricamente y lo que se practica diariamente, tanto en la esfera política-pública como en la privada. Los eslóganes parecen asumir frecuentemente el valor de profecías que se autodeterminan (Zamperini, 1993); así, el mero hecho de declararse antisexistas, antirracistas, no homófobos, etc. conllevaría, supuestamente, una completa asimilación de valores no discriminatorios. En este juego de fuerzas, el reconocimiento de nuestras tensiones o ‘debilidades’ podría excluirnos automáticamente del grupo. El resultado es, tal vez, la negación de los prejuicios y la constitución alrededor de identidades colectivas idealizadas muy poco probables y muy poco permeables a críticas o cuestionamientos (Biglia, 2003). En relación a las discriminaciones de género, interviene otro factor fundamental: ponerse en duda en primera persona, reconocer el poder que se tiene y estar dispuesta a relativizarlo, resultando ser un proceso realmente difícil y doloroso. Es bastante más sencillo encontrar los defectos en las demás que trabajar sobre nuestras propias contradicciones. Las activistas de grupos minorizados se sienten enfrentadas con un sistema poderoso (situación que no representa una vivencia paranoica) y por esta razón tienen dificultades en reconocerse como personas con poder en relación a grupos-subjetividades más minorizadas que ellas mismas. De la misma manera, los varones activistas que quieren cuestionar su construcción masculinizada tienen que renunciar a la pequeña cota de poder de la que disponen pero “a los hombres no les interesa el cambio porque supone una merma en su posición, lo que dicho de otra forma no es más que una clara resistencia a perder las cotas de poder que actualmente tienen en la mayoría de las facetas de la vida” (Baraia-Etxaburu, 2001: 1). Ante esta situación deviene, particularmente importante, plantearse de qué manera se puede facilitar el reconocimiento de las dinámicas sexistas sin que esto implique un ataque a la identidad de grupo o, aún peor, a la autopercepción de los sujetos que los componen.

3. LA INVESTIGACIÓN

El trabajo empírico que aquí se analiza es una parte del material recopilado en el marco de la tesis “Narrativas de mujeres sobre las relaciones de género en los movimientos sociales” (Biglia, 2006a). Este trabajo se realizó con mujeres activistas de diferentes naciones, dejando que ellas

mismas se identificaran como tales y ofreciéndoles una definición amplia de MS como *grupos de presión social, más o menos duraderos en el tiempo, que actúan para promocionar cambios culturales y/o políticos fuera del marco institucional-partidista*. La investigación realizada no tiene como objeto los Movimientos Sociales, más bien, pretende aprender desde los saberes que se producen en estos grupos (Biglia, 2007). La investigación tiene un carácter metodológico multimodélico incluyendo fases cuantitativas y cualitativas. El trabajo cualitativo se ha caracterizado por realizar 31 entrevistas en profundidad a mujeres activistas de diferentes edades que militaban en los estados español, italiano y chileno. Los movimientos sociales a los que pertenecían, compartían una visión política autónoma, libertaria y/o anti-capitalista. La heterogeneidad de “características” y experiencias previas de estas mujeres se escogió por no disolver/negar sus diferencias, y para evitar la representación de cualquier “clase o tipología” de las mujeres. El objetivo era facilitar el diálogo entre múltiples voces y hacer que la agenda de la investigación se fuera conformando de acuerdo con las propuestas de las activistas. Por esta razón, entre otros elementos, se decidió profundizar sobre las resistencias y las (im)posibilidades de cambio de las relaciones de género en los movimientos sociales (Biglia, 2003), sobre la necesidad de redefinir el concepto de política (Biglia, 2006b).

Sin embargo, en este artículo nos centramos únicamente en los datos recopilados con las técnicas cuantitativas.

En el marco de esta investigación, el objetivo específico de este trabajo es *identificar los factores que facilitan el reconocimiento del sexismo en espacios participativos desde la perspectiva de las mujeres*. Específicamente, analizamos el caso de los Movimientos Sociales de izquierda en cuanto se configuran como grupos sociales elegidos en los que, por lo general, hay un declarado interés hacia la superación de las discriminaciones de género. La detección de los factores que facilitan o dificultan la presencia de dinámicas sexistas puede, en nuestra opinión, ser particularmente útil para plantear retos pedagógicos y diseñar proyectos educativos con el fin de reducir el sexismo en espacios mixtos.

Para conocer esta realidad realizamos un cuestionario² dirigido a mujeres activistas de diferentes contextos geográficos, en el que se incluyen preguntas centradas en sus vivencias

personales y participación en los movimientos sociales que incluye preguntas sobre las siguientes dimensiones:

- a. Características personales
- b. Características generales del MS en el que se milita
- c. Compromiso/participación en el movimiento social
- d. Identificación de formas y patrones organizativos del movimiento social (especialmente liderazgo y su carácter generizado o de edad)
- e. Identificación de posibles discriminaciones estructurales o puntuales dentro del MS (incluyendo personales, de funcionamiento y hacia otras personas)
- f. Reconocimiento y trabajo colectivo de dinámicas sexistas.

La cumplimentación del cuestionario, que adoptó un formato de encuesta *on-line* (disponible en Castellano, Inglés, Catalán e Italiano), era anónima y su difusión se realizó a través de diferentes listas de distribución de correo electrónico de activistas. Como afirman King y Hyman (1999: 99), “uno de los aspectos más excitantes de Internet es su potencialidad para la creación de comunidades más allá de fronteras y distancias”. De esta manera, la elección de trabajar *on-line* respondía a dos tensiones principales: abrir una pequeña brecha entre las barreras nacionales y poder confrontar experiencias de mujeres supuestamente diferentes y físicamente lejanas y apoyar el trabajo de las *cyberfeministas* que insisten en la necesidad de que las mujeres y las demás excluidas se reapropien de Internet (Luxan y Biglia, 2011).

Se realizó un análisis descriptivo (frecuencias y porcentajes) y correlacional de los datos (tablas de contingencia y chi cuadrado). Los datos recogidos en algunas preguntas han requerido agrupar categorías debido a la alta dispersión de los datos. Esto ha facilitado la obtención de correlaciones con un mayor sentido conceptual y significación estadística.

La presentación de los resultados la hemos organizado en tres apartados. En el primero, “*quienes son las sujetas que aquí hablan*”, presentamos a las protagonistas de la investigación. En el segundo, “*sobre feminismo, discriminación y*

militancia”, evidenciamos las contradicciones entre la visión feminista de las participantes en un MS antisexista y la presencia de discriminaciones de género dentro de la organización. Y, en el último, “factores desenmascarantes”, mostramos las características, tanto personales como del MS, que parecen facilitar el reconocimiento de actitudes o comportamientos sexistas en el MS.

4. ¿QUIÉNES SON LAS SUJETAS QUE AQUÍ HABLAN?

Participan en el estudio 84 mujeres de diferentes naciones activistas de movimientos sociales. Se utiliza un muestreo teórico (personas que, independientemente de su sexo biológico, participaban en movimientos sociales), incidental (las que reciben la convocatoria enviada en varias listas de correos), voluntario (no hay compensación para participar, ni podemos saber si alguien lo ha hecho o no), con ayuda de la técnica de bola de nieve (a las que contestan se les invita a que hagan difusión entre sus conocidas y amigas). La muestra no tiene pretensión de representatividad, aunque creemos que los resultados pueden ser extremadamente ilustrativos para identificar tendencias dentro de las dinámicas de los movimientos sociales.

Las participantes tienen en su mayoría entre 20 y 34 años (67,8%). Creemos que esto puede ser debido a dos circunstancias. Por un lado, que sean mujeres jóvenes quienes más participan en los MS y/o, por otro, que las mujeres de esta franja de edad tengan un mayor acceso y dominio de la red, ya que los datos se obtienen por esta vía. Nos inclinamos más por esta última interpretación, ya que a esta edad es cuando muchas chicas van a la Universidad o acceden a lugares de trabajos donde suele ser indispensable el uso del ordenador y, contrariamente, las mayores pertenecen al colectivo de mujeres que ha vivido en propia piel el *boom* informático.

En cuanto a la procedencia geográfica de las mujeres de la muestra, la gran mayoría proceden de Italia (34,5%) y España (32,9%), seguida de las mujeres latinoamericanas (14,6%). Esto se debe a que los contactos y difusiones en el mundo alternativo han sido más fáciles en estas naciones. Sin embargo, nos sorprende el bajo número de respuestas de activistas inglesas a pesar de que muchas estaban informadas y, en este país, por lo general, el acceso a la red está muy difundido.

En cuanto al nivel de estudios, la mayoría de estas mujeres (73,8%) presentan un nivel de estudios alto (universitario o postgrado); algunas (20,2%) tienen los estudios de educación secundaria, y ninguna tiene únicamente estudios básicos o es autodidacta. Probablemente, el propio medio de difusión del cuestionario ha influenciado en estos datos haciéndonos reflexionar sobre la posibilidad real del uso de la red que, de una manera u otra, sigue siendo elitista. Esto no sólo influye de una manera significativa el resultado de cualquier investigación realizada a través de Internet sino que, además, abre un campo de estudios interesantes.

En cuanto a sus opciones sexuales, la mayoría de las chicas (78,6%) dirigen su interés, principalmente, a personas del otro sexo, mientras que un 11,9% muestran interés por personas de ambos sexos y sólo un 8,3% se muestran más interesadas en las mujeres.

En cuanto a la situación laboral, el 52,4% de las mujeres tiene un trabajo estable, ya sea como profesional o autónoma. El 17,9% son mujeres cuya principal y única actividad es estudiar, mientras que otras compatibilizan estudios y trabajo (16,7%). Por último, algunas mujeres realizan trabajos temporales, están desempleadas o tienen contratos precarios o de bajo perfil (12,2%). Estos datos no son sorprendentes considerando el elevado nivel de estudios de las mujeres que han contestado la encuesta.

En cuanto a su actividad y participación como activista en un MS, la mayoría de las mujeres del estudio son activistas desde más de tres años (60,7%), mientras que sólo un 21,4% lleva militando pocos meses. En su mayoría declaran que su participación es activa o muy activa (86,9%), frente a una minoría (4,85%) que afirma mantener una participación tangencial. Por otra parte, la gran mayoría de la muestra participa en MS de extrema izquierda (69%), seguida de aquellas que participan en grupos progresistas (20,2%) y muy pocas en grupos moderados o sin una visión política marcada.

5. SOBRE FEMINISMO, DISCRIMINACIÓN Y MILITANCIA: CÓMO NOS CUIDAMOS EN LA LUCHA EN LOS COLECTIVOS MIXTOS

Las mujeres del estudio se declaran, en su mayoría, feministas o antisexistas, sólo una no se

siente ni una cosa ni la otra (ver Gráfico 1). Esto vendría a significar que apuestan por unas relaciones de género no discriminatorias y crean sus

identidades a partir de modelos de mujeres no sumisas.

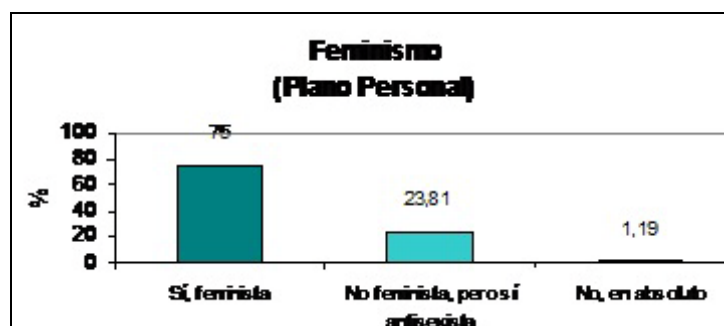


Gráfico 1

Asimismo, podemos apreciar cómo los MS en los que militan se definen en casi su totalidad como antisexistas, aunque una

minoría no considere el antisexismo como una de sus consignas (ver Gráfico 2).

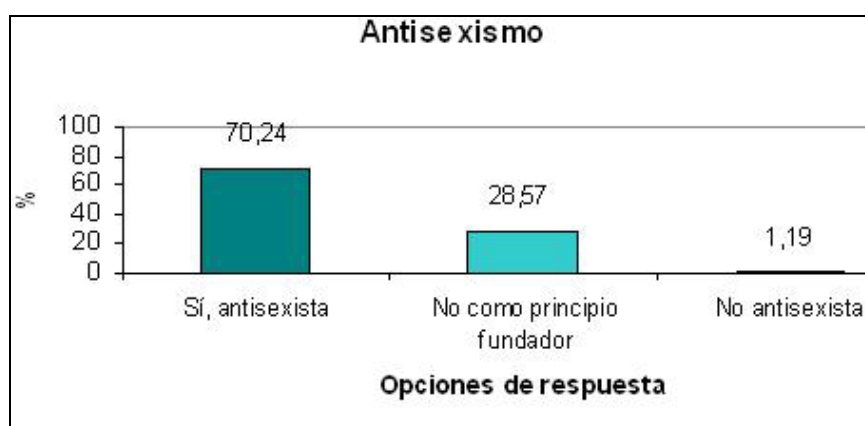


Gráfico 2

Si entre las teorías y las prácticas no hubiese ningún tipo de diferencia tras analizar estos datos tendríamos que suponer que nos encontramos ante grupos que han superado la influencia heteropatriarcal de la sociedad y donde las relaciones de género están libres de estereotipos y

prejuicios. Desafortunadamente, la situación no es ésta, muy al contrario, la mayoría de las mujeres creen que, de una u otra manera, se siguen reproduciendo discriminaciones de género entre compañeras como bien muestra el Gráfico 3.

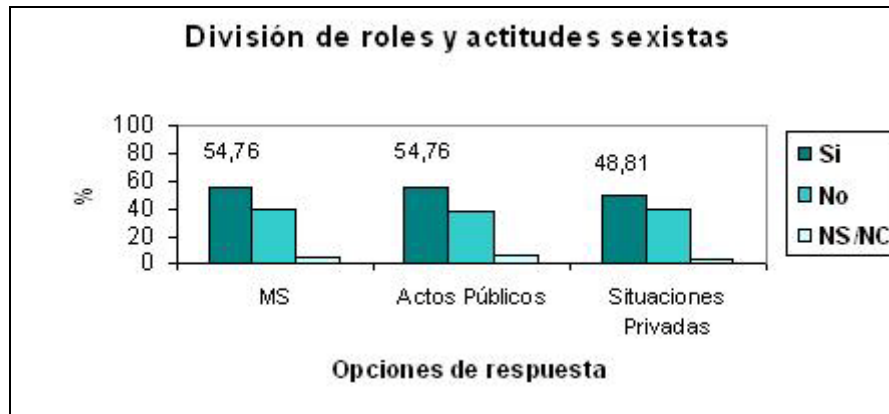


Gráfico 3

Los datos muestran que un importante porcentaje de mujeres observan que se reproducen divisiones de roles debidas al sexo tanto en la organización de acciones y/o actos públicos (54,76%) como en situaciones más privadas como cenas o salidas de relax (48,81%). La situación expuesta en los datos también es frecuentemente evidenciada tanto por activistas como por investigadoras de los movimientos sociales. Por ejemplo, una joven activista inglesa (Anónima, 1998) denuncia en un documento autoproducido cómo la división del trabajo resulta particularmente evidente en los “campos de protesta” donde las chicas trabajan mucho más aunque de manera menos exhibicionista y, por ello, sus esfuerzos son menos valorados frente a las pocas pero escandalosas acciones realizadas por los varones.

Volviendo a los resultados de nuestra investigación, constatamos que los datos sobre la presencia de sexismo están también apoyados por las respuestas dadas a otras preguntas. Concretamente, en torno a tres cuestiones principales: la valoración de las intervenciones de las mujeres en asambleas, el liderazgo y la presencia de acosos sexuales.

En primer lugar, es interesante evidenciar los contrastes que surgen analizando las respuestas dadas a preguntas relacionadas con el habla y la escucha de las intervenciones de las mujeres durante las asambleas mixtas. Para casi la totalidad de las participantes (95,7%), el interés de las intervenciones no tiene nada que ver con el sexo de quien las realiza; sin embargo, a juicio de poco menos de la mitad de las participantes (41%), las aportaciones de las mujeres resultan ser menos valoradas, y *dulcis in fundus*, las aportaciones de las

mujeres en más de la mitad de los casos (60,3%), son menos frecuentes que las de los varones.

Esto significa que las militantes no hablan tanto como sus compañeros y cuando consiguen hacerlo, tampoco están valoradas como ellos; surge, espontáneamente, la pregunta de si no será el poco interés hacia las palabras femeninas el que inhiba a muchas a hablar en las reuniones. Estos resultados concuerdan con los patrones generalizados de comunicación detectados por estudios clásicos como los de Lakoff (1975) en ámbitos no políticos.

En las respuestas al cuestionario también encontramos una correlación directa entre el grado de intervención en las reuniones, la valoración de las intervenciones de las mujeres y el reconocimiento del sexismo: cuanto menos hablan y son escuchadas las mujeres en las reuniones, más señalan las participantes la presencia de sexismo en el MS. Es decir, parece que la poca posibilidad de hablar que tienen las mujeres y la aparente menor valoración de sus palabras muestra *de facto* una discriminación existente y, a su vez, las mujeres que se dan cuenta de esto son aquellas con menos dificultades para reconocer la presencia de sexismo.

En segundo lugar, otra cuestión que refuerza los resultados mostrados anteriormente sobre la presencia del sexismo, es que en la gran mayoría de los MS (82,1%) hay liderazgo y éste es en más de la mitad de los casos (56,5%) principalmente masculino; en muy pocos, femenino (13%); y en un bajo porcentaje de ambos sexos (30,4%). Por lo tanto, la poca presencia de líderes mujeres es claramente un epifenómeno de la organización heteropatriarcal que parece seguirse manteniendo en los grupos de las encuestadas. En cambio, no disponemos de elementos para afirmar que, si hubiese un liderazgo más compartido, se

solucionaría o reduciría notablemente el problema del sexismo, tal y como defiende Shantz (2002). También cabe cuestionar, en sí misma, la existencia de líderes (Raven, 1995) o considerar que la existencia de una estructuración jerárquica responde a una manera de ver y hacer la política construida según valores masculinizados.

El último dato que hay que destacar está relacionado con los acosos sexuales, que están presentes en toda la sociedad de una manera extremadamente fuerte (Marugán y Vega, 2002). No cabe, por tanto, esperar que este problema sea totalmente ajeno a los MS y, de hecho, desafortunadamente, no lo es; si bien poco más de la mitad de las militantes (54,8%) afirman que no se dan nunca casos de acoso en los MS, también encontramos que una cuarta parte (26,4%), piensan que se dan como casos aislados o por parte de gente de un entorno más amplio y, poco más de una sexta parte (17,9%), sostiene que se dan casos de acoso no aislados o cuando menos que éstos ocurren en situaciones de borrachera o desfase (este fenómeno se analiza en Biglia y San Martín, 2007). Detectamos que el reconocimiento del sexismo aumenta en aquellas mujeres que evidencian casos de acoso más amplios y donde están más directamente implicados miembros del MS. De esta manera, todas las que señalan casos de acoso por parte de miembros del MS, por lo menos en situaciones de desfase o borrachera, reconocen la presencia de sexismo y también lo hacen una amplia mayoría (87%) de las que evidencian sólo casos aislados o por personas cercanas al MS, mientras que esta conciencia está sólo en pocas (26,2%) de las que afirman no haber sufrido nunca acoso en su MS.

6. FACTORES DESENMASCARANTES

Analizamos a continuación qué factores son compartidos por aquellas participantes capaces de reconocer el sexismo, entendiendo que estos aspectos compartidos pueden funcionar como desenmascarantes de las dinámicas sexistas. Realizamos este análisis considerando tanto los factores personales compartidos como los factores de los MS.

6.1. Personales

Parece ser que, tanto el tener una visión clara de la problemática de género, como una elección sexual no estrictamente heterosexual, ayudan a percibir la presencia de sexismo en los MS.

Respecto al primer punto, la mayoría (66%) de las que se definen feministas o cercanas al feminismo reconocen la presencia de sexismo en su MS, mientras que, casi el mismo porcentaje (65%) de las que se declaran antisexistas, sostienen que no hay sexismo en su MS. Respecto al segundo aspecto, muchísimas chicas, cuya opción sexual es no heterosexual, denuncian la presencia de sexismo en su MS (76,5%), mientras que las que prefieren a los chicos declaran más o menos, algo menos de la mitad de los casos (47,6%), que su MS no es sexista. Estos resultados pueden leerse entendiendo, por un lado, cómo una mayor conciencia feminista nos puede ofrecer la fuerza necesaria para mantener alta nuestra autoestima aunque se nos desvalore en el grupo en el que militamos; y, por otro, cómo la heterosexualidad, frente a otras opciones sexuales, nos lleva a atribuir mayor poder a los compañeros.

Otro factor que parece ayudar a las participantes a percibir el machismo en el seno de su MS es el hecho de haber tenido formación académica o superior (de hecho el 63,3% de las que han tenido formación académica reconocen la presencia de sexismo contra un 40% de las que poseen menos formación). Sin embargo, no creemos que la academia en sí nos haga más sensibles a detectar las relaciones sexistas; pero sí creemos que, en nuestra sociedad, tener un elevado nivel de estudios facilita la adquisición de poder y, por tanto, ofrece un apoyo válido para enfrentarnos a otros poderes adquiridos por nacimiento, como sucede en el caso de los varones.

La fuerte relación entre el patrón heterosexual, el alto nivel de estudio y la posibilidad de reconocer el sexismo nos viene del análisis de las características de las “pocas” chicas que no son ni italianas, ni españolas, ni latinoamericanas; todas ellas han cursado estudios superiores, reconocen con muchísima frecuencia (85,7%) el sexismo en su MS, y en su mayoría (57,1%) tienen preferencias sexuales no heterosexuales.

Otro factor destacable, en el mayor o menor grado de reconocimiento de las discriminaciones en el propio grupo, se relaciona con la condición profesional de las chicas: los datos nos muestran cómo estudiantes y chicas con trabajos temporales (en paro o con trabajos de muy bajo perfil) tienen un patrón de reconocimiento del sexismo idéntico (66,7%); quienes más reconocen el sexismo son las que se declaran estudiantes/trabajadoras (84,6%) y, las que menos, quienes mantienen un trabajo fijo o

de alto nivel profesional (43,9%). Esto podría ser debido a que la estabilidad personal y profesional hace que se detecten, en menor medida, las discriminaciones. Pero también podrían formularse otras hipótesis acerca de esto. Por un lado, podría ser que las mujeres con un trabajo fijo o de alto nivel profesional, al conseguir una alta autoestima en un espacio externo a los MS, no estarían tan afectadas por las discriminaciones que se dan en el seno del grupo. Por otra parte, siendo presumiblemente mujeres exteriormente “más fuertes”, recibirían un trato menos discriminatorio que el resto dentro del propio MS; esto podría ir acompañado por un desinterés por parte de estas mujeres hacia las otras (aunque no creemos que sea el caso más frecuente) o por una especie de efecto *boomerang* donde la sola presencia-participación de estas mujeres inhibiera los casos de discriminación.

Para confirmar o refutar esta interpretación, hemos analizado si se observan relaciones entre las profesiones y otras características de las participantes relacionadas con la capacidad de reconocer el sexismo (estado, feminismo, opción sexual, nivel de estudios, jerarquía, liderazgo y visión política del MS). Sin embargo, ninguna de éstas ha dado significatividad estadística; sólo hay una correlación (no estadísticamente significativa) entre el tener un trabajo fijo y participar en MS progresistas.

Por otra parte, es interesante notar cómo, contrariamente a lo que podríamos esperar, no aparece una correlación significativa entre reconocimiento del sexismo y la edad de las militantes, incluso separándolas en sólo dos franjas de edad.

En cambio, y sorprendentemente (para nosotras), sí se pueden encontrar diferencias significativas entre los dos estados en los que militan la mayoría de las chicas. El reconocimiento del sexismo se da de manera casi especular en las que se mueven en Italia (42,9%) y las que lo hacen en el Estado Español (57,7%).

Probablemente, este resultado inesperado se debe a las diferencias en la historia de los movimientos sociales de estos dos países y sus relaciones con las olas del feminismo. Se puede suponer que el menor reconocimiento por parte de las italianas sea debido al temor de que plantear la cuestión del sexismo vuelva a debilitar y romper el movimiento, tal y como ya ocurrió en el pasado

(Sardella, 2001) y como muestran documentos más actuales (CSOA Askatasuna, 2000).

6.2. Del MS

Podría ser que la visión política del grupo donde las chicas militan y por extensión, probablemente, la visión propia influyera en la manera de reconocer el sexismo. Efectivamente, sólo un tercio (33%) de las progresistas reconocen el sexismo, mientras que más de dos tercios (69%) de las de extrema izquierda lo hacen.

Este dato nos parece particularmente significativo dado que indicaría que en los MS más radicales es donde se da más la posibilidad de reconocer las contradicciones que siguen existiendo en los otros grupos. Se podría opinar que estos datos podrían significar también que, en los movimientos más radicales, es donde se dan más actitudes machistas. Sin embargo, las cosas no parecen ir en ese sentido; por ejemplo, no hay correlación significativa entre el sexo de los líderes y la visión política del MS. Volviendo a la primera lectura interpretativa, resultan particularmente significativas las palabras de la asamblea del CSOA de Roma (2000, 2001), grupo que podríamos inscribir seguramente entre los de extrema izquierda. Ellas, hablando del sexismo, se han abierto colectivamente a la autocrítica poniendo las discriminaciones de género como punto importante para el debate y apuntando hacia un cambio personal como cambio político.

Profundizando en la cuestión del liderazgo, también encontramos que, en los pocos casos en que hay un liderazgo predominantemente femenino, la detección de las discriminaciones parece no estar (11,1%), quedando difuminada cuando hay líderes de ambos sexos (47,6%) y disparándose cuando este papel lo asumen principalmente los hombres (81,6%). Estos datos no son absolutamente sorprendentes, dado que la presencia de líderes mujeres implica al menos una superación parcial de las discriminaciones de género. Podrían seguir existiendo actitudes sexistas, pero no serían tan visibles a los ojos de todas. La presencia de líderes mujeres puede reflejar diferentes realidades: que el liderazgo está definido según otros valores (aunque los datos no permiten apoyar esta interpretación, puesto que no se cotejan diferencias significativas en relación a las características de género de las/os líderes), que la composición del colectivo es principalmente femenina (véase, por ejemplo, los grupos que se dedican especialmente a tareas de

soporte o solidaridad) o, finalmente, a que haya bastantes mujeres que adoptan el patrón masculino para ser líderes (Colom, 1994).

Respecto al factor de jerarquía, quienes reconocen trabajar en grupos implícitamente más jerárquicos son quienes notan más las discriminaciones debidas al género (en un 68,6% de los casos contra un 33,3% de quienes declaran estar sin líderes y un 41,2% de MS con liderazgo explícito). Podría ser que, quienes prefieren trabajar en grupos con liderazgo explícito, también acepten con más facilidad los roles tradicionales de género sin que ello suponga mucha contradicción y, las que están convencidas de haber conseguido trabajar en un MS totalmente horizontal –MS horizontal sin liderazgo–, o tienen mucha suerte o tienden a no buscar demasiado las contradicciones.

7. LA ERRADICACIÓN DEL SEXISMO: UN RETO EDUCATIVO

En primer lugar, hemos podido observar con este trabajo cómo, incluso las mujeres que se mueven en espacios progresistas y, teóricamente, dados al cambio, deben conciliar experiencias contradictorias en relación a su visión feminista-antisexista, su visión política (Biglia, 2006b) y la experiencia de las discriminaciones. De acuerdo con Colás-Bravo (2007:10), “a nivel pedagógico resulta de gran interés considerar el concepto de desarrollo humano fundamentado en la *percepción* y en la *acción*” para la superación de los estereotipos de género. Por esto, en procesos de educación formal, la metodología del *aprendizaje-servicio* (APS) –que pone en relación el aprendizaje académico con algún proyecto de colaboración con la comunidad como espacios que se enriquecen mutuamente (Luna, 2010)– puede ser particularmente útil. De hecho el APS implica una serie de beneficios educativos (Cabrera y Luna, 2008), entre los cuales encontramos el desarrollo de las potencialidades de la persona. Este aspecto conlleva el empoderamiento que permite el reconocimiento de las y los demás (Hernández y Martínez, 2006 y Luna, 2010) favoreciendo, en nuestra opinión, la erradicación del sexismo.

Por otra parte, el estudio realizado pone de manifiesto una serie de factores desenmascarantes que permiten el reconocimiento del sexismo en los MS que creemos que deberían considerarse para repensar las políticas educativas y la Pedagogía de Género, tanto en espacios formales como no formales. Así, para educar a las chicas en el

reconocimiento de las dinámicas sexistas, hemos de: potenciar su familiarización con la historia de la discriminación de las mujeres y con la historia del movimiento feminista; ayudarlas a romper con las dinámicas de dependencia simbólica y real de los varones que derivan de la cultura heteronormativa en la que estamos involucradas y, como ya declarado desde hace años por el movimiento feminista, fomentar su autoestima y reconocer el propio poder.

Por otra parte, a nivel de grupos sociales, es necesario favorecer que: haya una apertura a reconocer las contradicciones y permitirse la autocrítica; se abran nuevas dinámicas para redefinir el papel de las y los líderes; se reconozcan las estructuras de liderazgo informal existentes y se pueda trabajar sobre ellas si reproducen jerarquías discriminatorias (Subirats, 1998).

Creemos que estos elementos han de ser tenidos en cuenta en la definición de procesos formativos formales e informales si realmente queremos que el primer paso para la desarticulación del sexismo, es decir, reconocer sus expresiones, nos abra las puertas hacia una sociedad menos discriminatoria en lugar de quedarnos en una situación en la que las discriminaciones se esconden debajo del velo de lo políticamente correcto.

BIBLIOGRAFÍA

- Alberdi, Inés; Escario, Pilar y Matas, Natalia (2000). Las mujeres jóvenes en España. *Colección de Estudios Sociales*, 4. Barcelona: Fundación La Caixa.
- Araya, Sandra (2003). Relaciones sexistas en la educación. *Revista de Educación*, 27.
- Araya, Sandra (2004). Hacia una educación no sexista. *Actualidades investigativas en educación*, 4 (2). Disponible en: <http://revista.inie.ucr.ac.cr/ediciones/controlador/Article/accion/show/articulo/hacia-una-educacion-no-sexista.html>
- Baraia-Etxaburu, Jon Gotson (2001). Convivencia y reestructuración de los roles. Comunicación presentada en el Congreso *Los hombres frente al nuevo orden social*. Donostia, Euskadi.
- Biglia, Bárbara (2003). Transformando dinámicas generizadas: Propuestas de activistas de Movimientos Sociales mixtos. *Athenea Digital*, 4, 1-25.

- Biglia, Bárbara (2006a). *Narrativas de mujeres sobre las relaciones de género en los Movimientos Sociales*. Tesis Doctoral. Universidad de Barcelona.
- Biglia, Bárbara (2006b). 'Latin activist women' accounts: Reflection on political research. *Feminism & Psychology*, 16 (1), 18-25.
- Biglia, Bárbara (2007). Teorías ¿sobre/para/desde/en/por? los MS. *Àgora Revista de Ciencias Sociales*, 17, 83-102.
- Biglia, Bárbara y Lloret, Imma (2010). Generando géneros y patologizando sujetos. En Miquel Missé y Gerard Coll-Planas (Eds.): *El género desordenado: Críticas en torno a la patologización de la transexualidad*, (pp. 211-227). Barcelona: Egales.
- Biglia, Bárbara y San Martín, Conchi (Eds.). (2007). *Estado de Wonderbra. Entretejiendo narraciones feministas sobre las violencias de género*. Barcelona: Virus.
- Bonal, Xavier (1997). *Las actitudes del profesorado ante la coeducación. Propuesta de intervención*. Barcelona: Graó.
- Cabrera, Flor y Luna, Esther (2008). Diálogo escuela-comunidad: el aprendizaje-servicio. En Encarnación Soriano (Coord.): *Educación para la ciudadanía intercultural y democrática*, (pp.191-226). Madrid: La Muralla.
- CIDE/Instituto de la Mujer (2007). *Revisión bibliográfica sobre mujeres y educación en España (1983-2007)*. *Mujeres en educación 10*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Colás-Bravo, Pilar (2007). La construcción de la identidad de género: enfoques teóricos para fundamentar la investigación e intervención educativa. *Revista de Investigación Educativa*, 25 (1), 151-166.
- Colás-Bravo, Pilar y Villaciervos, Patricia (2007). La interiorización de los estereotipos de género en jóvenes y adolescentes. *Revista de Investigación Educativa*, 25 (1), 35-58.
- Colom, Joana Maria (1994). *Evolución de los estereotipos de género en función de las representaciones sociales*. Tesis Doctoral. Universitat de Barcelona.
- CSOA Askatasuna (2000). *Liberiamoci*. [En línea]. Disponible en: <http://www.tmcrow.org/sessismo/csoaaskatasuna.htm> [Consulta: 5 de mayo de 2011].
- CSOA Macchia Rossa di Roma (2000). *Sulla violenza sessuale*. [En línea]. Disponible en: www.tmcrow.org/sessismo [Consulta: 18 de julio de 2011].
- CSOA Macchia Rossa di Roma (2001). *Sulla violenza sessuale*. [En línea]. Disponible en: www.tmcrow.org/sessismo [Consulta: 26 de agosto de 2011].
- Díaz-Aguado, María José (1996). *Programas para la tolerancia y prevención de la violencia en los jóvenes*. Sevilla: Injuve.
- Doms, Machteld y Moscovici, Serge (1989). Innovazione e influenza delle minoranze. En S. Moscovici (Ed.): *Psicologia Sociale*, (pp. 50-86). Roma: Borla.
- Feminario de Alicante (1987). *Elementos para una educación no-sexista: guía didáctica de la coeducación*. Alicante: Víctor Orenge.
- García-Pérez, Rafael; Rebollo, María Angeles; Buzón, Olga; González del Piñal, Ramón; Barragán, Raquel y Ruiz-Pinto, Estrella (2010). Actitudes del alumnado hacia la igualdad de género. *Revista de Investigación Educativa*, 28 (1), 217-232.
- Grañeras, Monserrat; Lamelas, Ricardo; Segalerva, Amalia; Vázquez, Elena; Gordo, José Luis y Molinuevo, Julia (1997). Catorce años de investigación sobre las desigualdades en educación en España. *Catálogo de investigaciones educativas*. CIDE.
- Hernández, José y Martínez, Beatriz (2006). Género, empoderamiento y movimientos sociales: la unión campesina Emiliano Zapata Vive, en la región Tepeaca-Tecamachalco, Puebla. *Región y Sociedad*, XVIII (36), 197-146, México.
- King, Alison y Hyman, Avi (1999). Women's Studies and the internet: a future with a history. *Resources for feminist research*, 27 (1/2), 13-23.
- Lagarde, Marcela (1993). *Los cautiverios de las mujeres*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lakoff, Robin (1975). *El lenguaje y el lugar de la mujer*. Barcelona: HacerEd.
- León, Emma (1997). El magma constitutivo de la historicidad. En Emma León y Hugo Zemelman (Coord.): *Subjetividad del pensamiento social*, (pp. 36-72). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lomas, Carlos (2002). El aprendizaje de las identidades femeninas y masculinas en la cultura de masas. En Anna González y Carlos Lomas (Coord.): *Mujer y educación. Educar para la igualdad, educar desde la diferencia*, (pp. 95-112) Barcelona: Gral.
- Luna, Esther (2010). *Del Centro Educativo a la Comunidad: un programa de aprendizaje-servicio para el desarrollo de ciudadanía activa*. Tesis Doctoral. Universidad de Barcelona.
- Luxán, Marta y Biglia, Barbara (2011). Pedagogía cyberfeminista: Entre utopía y realidades. *Teoría de la Educación: Educación y Cultura en la Sociedad de la Información*, 12 (2), 149-183.

- Marugán Begoña y Vega Cristina (2002). Gobernar la violencia: apuntes para un análisis de la rearticulación del patriarcado. *Política y Sociedad*, 39 (9), 415-435.
- McRobbie, Angela (2009). *The aftermath of feminism. Gender, culture and social change*. London: SAGE.
- Raven (1995). Internal Dynamics. *Allarm Womyn's editions*, 12, 18-19.
- Ribeiro, Marlene (2002). Educação para a cidadania: questão colocada pelos movimentos sociais. *Educação e Pesquisa*, 113-128. [En línea]. Disponible en:
http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1517-97022002000200009&lng=pt&nrm=iso [Consulta: 5 de abril de 2011].
- Riera, Josep Maria y Valenciano, Elena (1991). *Las mujeres de los 90: el largo trayecto de las jóvenes hacia su emancipación*. Madrid: Morata.
- Sardella, Pina (2001). Donna é bello. En Fabrizio Brilli (Eds.): *Gli anni della rivolta. 1960-1980: prima, durante e dopo il '68*, (pp. 145-154). Milano: Punto Rosso.
- Shantz, Jeffrey (2002). Judi Bari and the feminization of Earth First! *Feminist review*, 70, 105-122.
- Subirats, Marina (1998). *La educación de las mujeres: de la marginalidad a la coeducación. Propuestas para una metodología de cambio educativo*. Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- Subirats, Marina (1999). Género y escuela. En Carlos Lomas (Comp.): *¿Iguales o diferentes? Género, diferencia sexual, lenguaje y educación*, (pp. 9-16). Barcelona: Paidós.
- Zamperini, Adriano (1993). *Modelli di casualità*. Milano: Giuffré.

NOTAS

1. Sujeta como plural neutro que indica también la sujeción que implica el ser una individualidad.
2. Se pueden consultar los cuestionarios que constan de 33 preguntas con opciones de respuesta múltiple, en la página web www.ub.es/donesMS